

MI PRIMERA ASCENSION EN SOLITARIO

Por FRANCISCO JAVIER NAGORE LAIN

Amanecía un día claro de marzo. Los rayos del sol se mostraban muy tímidamente, y los faroles de la estación se mantenían encendidos.

Pedí en la taquilla un billete para San Román; el funcionario quedó muy extrañado. Pensó, miró y buscó en listas y papeles. No, no había ninguna estación de la RENFE que llevara tal nombre.

Como no lo encontrara, le dije que me leyera las estaciones y apeaderos que se encuentran después de Alsasua. O fue intuición o me gustó el nombre, pero cogí el billete para Araya y acerté, pues la estación de este pueblo está a menos de un kilómetro de San Román.

Esta fue la primera contrariedad. La segunda llegó en el tren: en San Sebastián tenían que subir los amigos que me iban a acompañar, pero no entró ninguno. Fue al día siguiente cuando me enteré de que, por el mal tiempo de la víspera, se había suspendido la excursión, y de que se habían olvidado de avisarme.

Yo me quedé un poco extrañado y me pasé el viaje haciendo conjeturas, tanto que se me pasó la estación y tuve que bajar del tren cuando ya empezaba a arrancar de Araya.

Allí mismo, en la estación, me quedé un rato considerando mi situación. Lo mejor que puedo hacer, pensé, es ir a San Román y ver hasta dónde puedo subir. Me dirigí, pues, hacia el pueblo que tenía enfrente. A mitad de camino me di cuenta de que había otro pueblo al lado contrario de la vía férrea, y pregunté a una señora, la única que por allí se veía, pues eran las ocho de la mañana, y resultó que San Román era, precisamente, el pueblo al cual no me encaminaba. Media vuelta. Al cabo de 15 minutos estaba en el pueblo.

Desde allí contemplé el panorama, y deduje que la Peña Aranz, a la cual pensábamos subir, estaba enfrente, muy lejos y al otro lado de la vía, a donde me había encaminado al principio.

En cambio, casi encima, en el mismo lado, había una gran roca. Encima de ella se veía una cruz de gran tamaño. Decidí, pues, encaminarme a ésta. Pensé que sería una altura importante y tendría cota, pues de lo contrario no habrían puesto esa enorme cruz.

Dejé el pueblo, crucé la carretera general, y, después de pasar junto a unos campos de trigo, me senté en un altozano, lleno de matorral, a desayu-



Cruz de Mirutegui (Monte Bayo), en la Sierra de Entzia, colocada por la Excursionista «Manuel Iradier»

(Foto López de Guereñu)

nar. Tracé con la vista, luego, el itinerario que iba a seguir y me puse en camino.

Primero anduve un rato por unas praderas de hierba corta, llenas de cárcavas, que subían en rampa bastante pronunciada. En seguida entré en el bosque. Era un hayedo de árboles centenarios que crecían entre las ranuras de los rocas. Parecía, al principio, suave la subida. Todas las hondonadas estaban llenas de hojas. Anduve como una media hora por ese terreno, aunque no lo puedo afirmar a punto fijo, pues no llevaba reloj.

Después el bosque trocábase más empinado. Abundaban menos las hayas, las hojas, a medio pudrir, resbalaban hacia abajo, y las rocas mostrábanse desnudas.

Crucé un riachuelo que corría arrastrando hojas y ramas por su desgastado cauce de roca. Más arriba vi una cascada. Me dirigí hacia allí, y después de contemplar un rato cómo se despeñaban las aguas por el barranco, seguí andando sin perder altura, hasta donde me pareció que podría subir. Trepé por varios escalones de roca hasta que me di un resbalón. Luego no pude seguir por ese camino.

Anduve hacia adelante sin subir, y pronto terminó el bosque. Allí vi que, entre las hondonadas de la roca, crecía hierba en un recodo del paredón. Después seguía casi vertical. Subí, pues, por aquella pequeña hondonada, trepando por entre las piedras y la resbaladiza hierba.

Al llegar arriba, me encontré con una meseta que se extendía llana y sin ningún obstáculo hasta donde crecía un bosque. Corría un aire muy fuerte, y toda la hierba era sacudida por el viento.

Casi en el extremo de la roca, donde empezaba el precipicio, había una gran cruz, la que había visto desde abajo. Tendría unos cuatro o cinco metros de altura. Era de estructura parecida a la de los postes de alta tensión, y estaba pintada de color rojo. Tenía a la altura de los ojos una chapa de metal en la que se leía:

En la montaña busco la paz.
Aquí, ante tu cruz,
vengo a implorar
la cumbre que ansío alcanzar.

M. Iradier

Debajo ponía una fecha: 5 - Mayo - 66.

Sin embargo, no señalaba allí la altura ni parecía la cumbre de un monte. Y como vi a lo lejos una barra de hierro clavada en la roca, me dirigí hacia allí. Iba bordeando el precipicio. A mi izquierda, una gran meseta, toda de hierba. A mi derecha, caía la roca en vertical; debajo se veían algunos bosques y los pueblos cercanos. Pero levantando un poco más la vista, se divisaba Salvatierra y hasta Vitoria, en la ya incierta lejanía. Desde la gran cruz conté 47 pueblos.

Llegué hasta aquella barra que parecía un pararrayos, y, debajo de ella, en una placa estaba grabado: BAYO (1.193 m.). Era también otra casualidad: mi cuarto apellido es Bayo, igual que este monte de la Sierra de Entzia.

Estuve un rato contemplando el paisaje, descansé y comencé a bajar. Pensé, primero, comer allí arriba, pero no se podía, porque hacía un viento muy fuerte. Además, no tenía reloj; por eso preferí bajar hasta donde empezaba el bosque, en la falda del monte. Allí comí tranquilamente, y no sabía qué hora era, cuando me puse en camino hacia la carretera.

Estaba ya hacia la mitad de él; entonces vi cómo venía un tren tranvía, muy a lo lejos, en dirección a Irún. Empecé a correr para ver si podía alcanzarlo, pero se me fue antes de que estuviera en la carretera. Seguí bajando, pues, muy despacio, hasta que llegué a la estación de Araya.

Pregunté la hora del próximo tren, y me fui a pasear por los alrededores, dispuesto a esperar cerca de dos horas. El tren que había pasado, era el de las 2,30, y el siguiente era a las 4,45. No se me hizo larga la espera, aunque el tren llegó a las 5, pues había sitio para pasear y cosas que ver.

El tren fue lento, pues pasó mucho tiempo en Alsasua, Tolosa y San Sebastián. Llegué a casa tarde.

Esta fue mi primera ascensión en solitario, y ésta la narración de un día lleno de casualidades.

Sin embargo, a principios del pasado septiembre, volví a aquella peña, y los agradables recuerdos que vinieron a mi memoria, evocaron aquel día en que llegué allí por casualidad y sin rumbo fijo.